

ral, nos permitió apreciar el papel que desarrolla el teatro y las marionetas en particular en las culturas asiáticas. El público está totalmente habituado a los espectáculos tradicionales y maneja los códigos de los estilos representados, que expresan las más sutiles y violentas emociones humanas a través de historias generalmente mitológicas.

Luego de esa experiencia tenemos sentimientos encontrados, ya que nuestra propuesta teatral fue entendida y apreciada por un público muy diferente y, sin embargo, en nuestro país el tema aparece como lejano y prescindible, ya que en general las culturas indígenas han estado relegadas a un plano secundario no reconocido por la cul-

tura dominante. Nos duele entonces experimentar la extinción de muchas formas, culturas o personajes hoy en día, por la razón o ignorancia de nuestra supuesta civilidad. Como contra respuesta a aquello se seguirá diciendo, escribiendo, musicalizando o teatralizando, porque el pensamiento es libre y no se extingue nunca. ■

Flor de sonido

Arturo Rossel

Actor y músico, Compañía Equilibrio Precario

El sonido de la obra *Rosa Yagán* corresponde a un trabajo de musicalización escénica y elaboración de temas que incluyen narración, cantos e instrumentos, así como efectos y ambientalizaciones.

A partir de Martín Gusinde y su valiosa documentación escrita acerca de los yaganes, junto a Carmen Luz Maturana y Alex Maremaá elaboramos un modo de trabajo acerca del sonido de la obra que se inició con documentación y apertrechamiento de información sonora del Archivo del Museo de Arte Precolombino. Hablamos con José Pérez de Arce, quien aparte de ser antropólogo del Museo es músico, y amablemente nos presenta su disco SON - IDO. En este trabajo, junto a los sonidos de trómpes, laquitas, sapitos, cuatrojos, pájaros y viento, entre otros, están las voces de Lola Kiepja, la última mujer ona, hombres hablando en kawéshcar (alacalufes), están la Ursula y la Cristina Calderón narrando en yámana.

En la presentación del disco hay un texto decidor e inspirador:

Yámana (yaganes), llegaron hace miles de años a poblar las mares más australes del planeta. Les quitamos su mar, los obligamos a olvidar, les prohibimos perdurar: Entendían conversar con los animales; pájaro tenía canción, pato lile, viento en papa, el lobo y el Cabo de Hor-

nos, todo tenía canción. Nunca más la tendrá, murió quien la sabía pero nadie se dio cuenta

El José también nos entrega unos data con entrevistas que le hizo a la Ursula y la Cristina en Puerto Williams. En un momento en que la Ursula narra acerca de las antiguas ceremonias de las que escuchó hablar, asoma la voz de una niña pre-



Rosa Yagán, Compañía de Teatro Equilibrio Precario, 2004.

Fotografía: Mariana Rivera.



Rosa Yagán, Compañía de Teatro Equilibrio Precario, 2004.

guntándole con evidente susto a su abuela acerca de las extrañas cosas que ella contaba. El mito se repite inextinguiblemente.

Vamos a los documentos sonoros que hemos recopilado del Museo: hay registros, cantos solitarios, voces perdidas, misas en yagán grabadas en un sistema rudimentario por Charles Wallace Furlong. Se siente el mar, mucho mar. Te imaginas cómo deben haber cantado colectivamente. El idioma yagán, al igual que alguno escandinavo y el chino, posee la facultad de que, de acuerdo a la tonalidad de la palabra dicha, el concepto tiene distinta significancia.

De Gusinde tomamos conocimiento de que los yekamush, los hombres sabios yaganes, acudían a la orilla de la playa a cantar durante horas y días hasta acercar y hacer varar a una ballena. ¿Cómo cresta ocupamos esa

documentación y conocimiento para la musicalización de la obra?

Los yaganes ya no existen. Mientras más aprendíamos de ellos, mayor era nuestra sorpresa y respeto hacia su cultura y más dificultoso se hacía el desarrollar el trabajo sin pasarlos a llevar.

Seamos prácticos. No queda más que hacer música. El piano es un indicio. Es recuerdo, es tragedia y exterminio en este caso.

Existe el guión y hay textos que comprender. El transcurso del tiempo y los ensayos explicarán más. Y está la documentación de Gusinde. Hay partituras y canto. Hay textos de canto en yagán.

A musicalizar escenas. Son distintos temas. Como catorce. Convocamos a Cuti Aste a hacer de sonidista. Nos vamos a Pro Tool, un programa

de sonido computacional. Digitalizamos los data. Bajamos sonidos de internet: voces de animales, de pájaros, de truenos. Tocamos guitarras eléctricas y convencionales, piano y sampler junto al mar y al texto.

Trabajamos la presentación del personaje de Rosa Yagán mezclando guitarras con varios idiomas, como el yagán, el chileno y el inglés anglicano de un misionero que bautiza a Lakutaia le Kipa como Rosa. Lakuta es nombre de un pájaro que se llama challe y Kipa quiere decir mujer.

Debemos meternos en ligas mayores. Hay que musicalizar los ritos de iniciación y el mito de origen. Lentamente el trabajo se va construyendo y va cobrando forma y estilo. En el camino nos vamos dando cuenta de que muchas aguas confluyeron en el fin de ese mundo que se llamaba Yámana o Yagán, pueblo originario

destinado al exterminio y la desaparición, idioma rico en significados, apreciaciones y vocalizaciones. Surgieron el inglés, el francés, el chileno y argentino para representar el exterminio, también llamado civilización, en el nombre del progreso y la evangelización de las almas. Al cabo de esto y finalmente la última yagana, Rosa Yagán, navegó amortajada por los pasillos del hospital de Punta Arenas rumbo a su tumba en el pequeño cementerio de los yaganes en Mejillones, Puerto Williams.

A modo de sincronismo, la propia Rosa Yagán apareció una sema-

na antes del estreno con su canto y textos en la misma tonalidad e intención que la música ya creada.

Dos semanas antes conocimos a Patricia Stambuk y, luego de escucharlos acerca de lo que llevábamos a cabo y el resultado musical, gentilmente recopiló grabaciones de entrevistas que le hizo a Rosa Yagán. Ahí Rosa floreció y nos demostró lo potente que es, ya que con su canto y sus textos magnificó la puesta en escena, puesto que en conjunción y sincronía la tonalidad y lo armónico de su voz encajaba dulcemente con la musicalización ya elaborada. Así es como ella ingresó al sonido para

reirse, contarnos cosas, para hablar en inglés y yámana y sobre todo, para cantar en el último tema de la obra con intenciones, matices y fraseos, en una conjunción que nos atañe a nosotros que tuvimos conocimiento de la causa y a ustedes, los lectores de este artículo, porque ignoraban ese detalle y ahora se los cuento. Lakutaia le Kipa vivió con los últimos de su raza, vivió para cantarlo y contarlo. Me encantaría que la escucharan cantando, contando, hablando en inglés, en yámana, suspirando, riendo.

Rosa Yagán es una flor magallánica. ■

Remos en la oscuridad

Patricia Stambuk M.

Periodista, profesora universitaria¹

Lakutaia le kipa está venciendo la muerte del olvido, desde las sombras de otro escenario.

Rosa Yagán –Lakutaia le kipa en su idioma– comenzó a escribir su historia, a mi modo de ver, en nuestro primer encuentro en un hospital de Punta Arenas.

Estaba sentada muy erguida en esas feas camas blancas de metal de los recintos públicos de salud y tejía un par de medias amarillas, con esa mansedumbre, con esa prestancia y dignidad de las personas sencillas de todos los tiempos. Detrás de su silencio había seis siglos en tierra americana y mucha sabiduría; había tempestades en los mares más tormentosos de la tierra; alegría, expre-



Rosa Yagán, Compañía de Teatro Equilibrio Precario, 2004.

Fotografía: Mariela Rivera.

1. Patricia Stambuk es autora del libro *Rosa Yagán, el último eslabón*, 1986, Santiago: Andrés Bello.